

Que en luminoso carro el sol rodea,
 Y viendo que tu luz la suya afea,
 Deja corona, carro, cetro y villa;
 Jove, Saturno y Marte,
 Admirados, se apartan á una parte,
 Y el firmamento octavo se te humilla,
 El áqueo cielo con el primer moble,
 Hasta que llegas al empíreo inmobile.

Donde por los lucíferos balcones,
 A quien adornan cercos rutilantes,
 Se asoman á mirar tu triunfo egregio
 Las celestiales ínclitas legiones
 De divinos espíritus triunfantes,
 Que gozan de tan alto privilegio;
 Cuyo santo colegio
 En dulces voces pregonando entona:
 ¿Quién es esta que goza tal corona,
 Que, muy mas bella que la aurora bella,
 De desiertos collados
 Viene á habitar los cielos estrellados,
 Y el sol y luna con sus plantas huella,
 A cuyas puras y nevadas plantas
 Se postran las escuadras sacrosantas?

¿Quién es aquesta que, brotando gracia,
 Llena de dones, rica de despojos,
 Va con la luz los cielos serenando,
 Y cual cedro oloroso, que se espacia
 En Líbano, tras sí llena los ojos,
 Y el consistorio alegre está alegrando?
 Vais tal poder mostrando,
 Reina divina, que en la corte santa
 Vuestra subida admira, eleva, espanta.
 Pues ¿quién es este, un tiempo preguntaron,
 El que de sangre pura
 Teñida trae la sacra vestidura?
 Cuando subiendo Cristo, se admiraron;
 De suerte que del Hijo y de la Madre
 Se admira el cielo y se contenta el Padre.

El cual con voz á quien respeta el cielo,
 Del pecho inmenso de la inmensa ciencia,
 Estando atento el santo coro alado,
 La respuesta sacó, quitando el velo
 Que ofuscaba á la angélica prudencia,
 Por ser de tal valor lo preguntado:
 «La que veis á mi lado,
 Bordados con estrellas manto y faldas,
 Luna en los piés y sol en las espaldas,
 De mis tesoros es el rico erario,
 Y la sacra canoa
 Tan endiosada desde popa á proa,
 Que fué de mis reliquias relicario,
 Pues á nuestro Unigénito jocundo
 Bajó del cielo y dió á la luz del mundo.

»Esta es la que elegí por dulce esposa
 Antes que en dos quiciales de oro puro
 Desdoblase el celeste inmortal velo,
 Antes que diese olor el lirio y rosa,
 Y antes que con la falda el suelo duro
 Besase el monte y con la cumbre el cielo,
 Aun no tejía el suelo
 De variadas sedas y colores,
 Ni del mar enfrenaban los furores,
 Y entre la radiante muchedumbre
 De los blancos diamantes,
 De las estrellas rayos rutilantes,
 Del claro sol aun no esparcían su lumbre,
 Cuando estaba elegida esta Doncella
 Por Hija, Madre y por Esposa bella.

»Esta es la palma altiva de quien orno
 La majestad excelsa de mis sienes,
 Que por ser flor humilde es palma altiva;
 Hermosa oliva que es del cielo adorno,
 Que por fruto produce varios bienes,
 Y es bueno el fruto de la buena oliva;
 Esta es la fuente viva
 Cuyos puros y líquidos cristales

Bebieron de mi Hijo los corales,
 Y es el ciprés, que corrupcion desvia,
 Huerto fuerte y cerrado
 En donde el hombre y Dios se han concertado;
 Feliz hora, buen tiempo, alegre día,
 En que la causa fué de tal concierto,
 Tal palma, oliva, fuente, ciprés, huerto.»

Las profundas palabras del inmenso
 Formador de esta máquina admiraron
 Los bellos héroes de la Iglesia santa;
 Con un silencio tácito y suspenso
 A la reina del cielo contemplaron,
 Con la gloria que entre ellos se levanta,
 Pues la una y otra planta
 Fijó sobre los coros de los ángeles;
 Deja los principados, los arcángeles,
 Potestades, virtudes, deja, atrasa,
 Y las dominaciones
 Y los tronos, de Dios ricos blasones,
 Los sabios querubines, y do abrasa
 Amor al serafín, y llega al solio
 Donde Dios pisa el claro capitolio,

Los doce cisnes, que con voz subida,
 Que oyó la gente de los dos coluros,
 Nueva ley de Dios nuevo publicaron,
 Por hallarse á la dulce despedida,
 En vagas nubes por los aires puros
 A la alta cumbre de Sion llegaron,
 Adonde se ahuyentaron;
 El que pisaba de la negra Etiopia
 De verdes esmeraldas rica copia,
 Y el que la estéril Libia y rica Acaya,
 Y el que vido de Roma
 La frente altiva que soberbios doma,
 Y el que de Egipto la llanura arraya,
 Donde el mar Nilo, cuando en él se mete,
 Siete heridas da con cuernos siete.

No faltó el que á la santa Palestina

Dió nuevo lustre con su sangre roja,
 Ni el que la Frigia vió al Cancro sujeta,
 Ni el que en España el santo cuerpo inclina,
 Ni el que bebe del río que se arroja
 Con corriente mansísima y quieta,
 Ni el que bañó en Taigeta
 Los labios, ni el que en la India ancha, ignota,
 De horrendas gentes torpes obras nota;
 Ni el que del templo de Efeso se admira,
 Ni el que anduvo do el Istro
 Al mar hace de sí claro registro;
 Al fin, de cuantas partes el sol mira
 Llegaron los apóstoles sagrados
 De Sion á los fértiles collados.

Alzó el divino monte la corona,
 De nuévas flores guarnecida y llena,
 Apartando las hojas de la frente,
 Y el claro Siloe, á quien no corona,
 Cual suele, humilde caña ó tierna avena,
 Mostró el rostro de nácar excelente;
 Ambar puro y luciente
 En los vellones de oro le reluce,
 Y en cuernos de coral la plata luce,
 Y la sublime barba venerada
 Despide mil raudales
 De aljófares, de perlas y cristales,
 Por entre la corriente sosegada,
 Que mostraba este día su tesoro
 De aljófar, perlas, ámbar, plata y oro.

Subió la Vírgen, y subió la vista,
 Tras ella, del colegio esclarecido,
 Que aumenta el agua al río con su llanto;
 Dejaba por donde iba hecha lista
 De un purpúreo color áureo encendido,
 De los rayos que daba de sí el manto
 Puro, cerúleo y santo;
 Y víanse los cielos estrellados,
 De racimos de espíritus cuajados,

Midiendo en áureas liras dulce acento;
 Y las celestes puertas
 De diamantina chapería cubiertas,
 Lleno de triunfo el reino del contento,
 Al fin, coros, la Vírgen, suelo, esfera,
 Cantan, triunfa, se alegra y reverbera.
 Cancion, que tras la aurora vas subiendo
 A las empíreas salas,
 Con su luz ilustrándote las alas,
 No temas del olvido el golfo horrendo,
 Que pues te argentan rayos de tal luna,
 De olvido triunfarás, tiempo y fortuna.

Agustín de Tejada.

CORONACION DE NUESTRA SEÑORA

Sois nueva esfera, oh Vírgen, que la mente
 Descubre eterna y su saber pregonar,
 Con sol y luna, cuya luz blasona
 De las que habitan el confin de Oriente;
 Y el Artífice labra omnipotente
 De estrellas doce espléndida corona,
 Cual doce signos de luciente zona,
 Que el cielo os ciñan de la sacra frente.
 Sois orbe, cuya bella compostura
 Nunca nocivas apariencias hace,
 Ni con lo adverso lo feliz alterna;
 Y al que debajo de sus astros nace
 En la virtud, le anuncia y asegura
 Siempre felicidad y gloria eterna.

Juan de Jáuregui.

*Justamente os paga Dios,
 Vírgen y Reina del cielo;
 Vos le bajastes al suelo,
 Y él al cielo os sube á vos.*
 Como el soberano Padre
 Para su Hijo os bendijo,
 Quien bajó á ser vuestro Hijo
 Os sube á honrar como á Madre.

El Santo Espiritu Dios,
 Como á esposa os abre el cielo,
 Porque bajastes al suelo
 Quien os sube al cielo á vos.
 A Dios y al hombre juntastes
 Con tan recio y fuerte nudo,
 Que deshacer no se pudo
 Lo que vos así añudastes.

Hombre hicistes á Dios,
 Y al hombre Dios en el cielo,
 Porque bajastes al suelo
 Al que os sube al cielo á vos.
 Vírgen, vos fuistes el medio
 Que *ab æterno* Dios tomó,
 Y el principio que escogió
 De todo nuestro remedio;
 Ejecutando pues Dios
 La traza de su modelo,

Vos le bajastes al suelo,
 Y él os sube al cielo á vos.
 Por el sí que humilde distes
 Por remediar nuestros males,
 Nos vino á hacer inmortales
 El Hijo que vos paristes.
 ¡Oh cuán bien os paga Dios
 Vuestro puro y santo celo,
 Pues bajando al mismo suelo
 Os sube hoy al cielo á vos!

Juan Lopez de Ubeda.

*Vírgen pura, hoy quiere Dios
 Que subais del suelo al cielo,
 Pues cuando quisistes vos,
 El bajó del cielo al suelo.*

Si en la tierra daros quiso
 Dios del bien que allá tenía,
 ¿Qué os dará en el paraíso,
 Donde todo es alegría?
 El amor vuestro y de Dios
 Hoy se encuentran en el vuelo,

Pues por él á Dios vais vos,
 Y él á vos vino del cielo.
 El Padre os da la corona,
 El Hijo su diestra mano,
 Y la tercera Persona
 Os da su amor soberano.
 Alcanzais, Vírgen, de Dios
 Premios, honras y consuelo,
 Y por él sois cielo vos,
 Y él por vos hombre en el suelo.

Del mismo.

PLEGARIAS Á MARÍA

*Tanta gracia en vos se encierra,
 Vírgen pura y singular,
 Que sois estrella en el mar,
 Madre de Dios en la tierra.*
 El eterno Padre esposa
 Os llama con regocijo,
 Dulce Madre os llama el Hijo,
 Y templo el que en vos reposa.
 Por vos nuestro mal destierra
 El que en vos quiso encarnar;

*Que sois estrella del mar,
 Madre de Dios en la tierra.*
 Las tristezas con placeres
 Por vuestra humildad obliga
 Á que el paraninfo os diga:
 «Bendita entre las mujeres.»
 Vos poneis paz en la guerra,
 Y para el hombre guiar
*Sois estrella de la mar,
 Madre de Dios en la tierra.*

Del mismo.

Salve, del mar Estrella,
 Salve, Madre sagrada

De Dios y siempre vírgen,
 Puerta del cielo santa.

Tomando de Gabriel
 El Ave, Virgen alma,
 Mudando el nombre de Eva,
 Pacés divinas trata.
 La vista restituye,
 Las cadenas desata,
 Todos los males quita,
 Todos los bienes causa.
 Muéstrate madre, y llegue
 Por tí nuestra esperanza
 Á quien, por darnos vida,
 Nació de tus entrañas.

Ave, Estrella de la mar,
 Madre de Dios soberana,
*Ave maris Stella,
 Dei mater alma;*
 Ave, siempre vírgen pura,
 Feliz puerta de la gloria,
*Atque semper virgo
 Felix cæli porta;*
 Ave, oh tú, que concebiste
 Creyendo á Gabriel las voces,
*Sumens illud, Ave,
 Gabrielis, ore;*
 Tú, que para nuestra paz,
 Mudaste á Eva el nombre,
*Funda nos in pace
 Mutans Ævæ nomen;*
 Ave, y dando al ciego luz,
 Los lazos al reo disuelve,
*Solve vincia reis
 Profer lumen cæcis;*

Salve, del mar Estrella,
 De Dios hermosa Madre,

Entre todas piadosa,
 Vírgen, en nuestras almas,
 Libres de culpa, infunde
 Virtud humilde y casta.
 Vida nos presta pura,
 Camino firme allana;
 Que quien á Jesus llega,
 Eterno gozo alcanza.
 Al Padre, al Hijo, al Santo
 Espíritu alabanzas;
 Una á los tres le demos,
 Y siempre eternas gracias.

Lope de Vega.

Y para que nuestros males
 Con tus bienes se mejoren,
*Mala nostra pelle
 Bona cuncta posce,*
 Muéstrate ser madre, haciendo
 Por tí nuestro ruego acepte,
*Monstra te esse matrem,
 Sumat per te preces,*
 El que de tu vientre quiso
 Ser el mas bendito fruto,
*Qui pro nobis natus
 Tullit esse tuus.*
 Dése al Padre la alabanza,
 La honra al Hijo Cristo, y luego
*Sit laus Deo Patri,
 Summo Christo decus,*
 Al Espíritu la gloria,
 Porque sea en este triunfo,
*Spiritui Sancto
 Tribus honor unus.*

Calderon de la Barca.

¡Oh Vírgen siempre vírgen!
 Puerta del cielo, salve.

Tú, la que el *Ave* oiste
 De la boca del ángel,
 En paz nos funda y muda
 El nombre de Eva en *Ave*.
 Da libertad al reo,
 Lumbre al ciego ignorante;
 Procuráanos los bienes,
 Destiérranos los males.
 Madre de Dios te muestra,
 Y acepte por su madre
 Nuestros ruegos, pues somos
 Por quien tomó en tí carne.
 Haznos, singular Vírgen,
 Sobre todos afable,
 Mansos y castos, libres
 De nuestras culpas graves.
 Vida pura nos presta,
 Senda segura y fácil,
 Porque alegres veamos
 Á Jesus, nuestro amante.
 Salve, arca de Noé,
 Que entre mil tempestades,
 Preñada de la vida,
 Á la vida salvaste.
 Salve, del pan del cielo
 Bien artillada nave,
 Que, con el viento en popa,
 Puerto en Belen tomaste.
 Salve, nube de nieve,
 De enrizados plumajes,
 En quien puso el sol trino
 El arco de las paces.
 Salve, hermosa paloma,
 Que, sin perderla, hallaste
 La gracia por la oliva,
 Con que hasta Dios volaste.
 Salve, rosal gracioso,
 Que entre hojas virginales,

A Dios, rosa encarnada,
 Al hielo aljofaraste.
 Salve, risa del cielo,
 Pues la desenojaste
 Con el sí poderoso
 De los vivos corales.
 Salve, arca de oro toda,
 Que no abierta encerraste
 La ley, vara y maná,
 Que es Dios, aunque á pan sabe.
 Salve, santa raíz,
 Que, vírgen, germinaste
 El árbol de la vida,
 Nunca vedado á nadie.
 Salve, capaz esfera,
 Que lo eterno encerraste,
 Y al que era sin medida
 La medida tomaste.
 Salve, sangre de Dios,
 Pues que tomó su sangre
 Para que, en él unida,
 En él se deificase.
 Salve, de Dios principio,
 Pues al que sin él nace,
 Del Padre en el principio
 De tí le originaste.
 Salve, la mejor vírgen,
 Salve, la mejor madre,
 Toda virginidad,
 Toda clemencia, salve.
 Salve, sola del sol,
 Desde el primero instante
 De tu concepcion pura
 Mas pura que mil ángeles.
 Salve, de Dios segunda,
 Con quien el Hijo parte,
 Engendrándole el Dios,
 Tu Dios-hombre engendrándole.

Salve, toda de Dios,
Pues puedes alabarte
Que en tu virgíneo gremio
Dios fué de tí una parte.

Sea alabanza y gloria
Al Amor, Hijo y Padre,
Igual honra á los tres,
Pues son los tres iguales.

José de Valdivielso.

Glosa de la Salve Regina

Alta Reina esclarecida,
Como los cielos hermosa,
Sacra Vírgen, escogida
Para ser madre y esposa
Del que á todos nos dió vida.
Si al Rey de paz y consuelo,
Verbo divino del Padre,
Pudiste bajar del cielo,
Siendo tú su hija y madre,
Bien te dicen los del suelo
Salve, Regina.

El unicornio hermoso,
Que es Dios, á quien humanaste,
Quedó de mí riguroso,
Manso y misericordioso
Despues que tú le humillaste.
Porque la antigua discordia
Sola tú aplacar pudiste,
Y en tan dichosa concordia
Bien te cuadra, pues pariste
La misma misericordia,

Mater misericordiae.

De triste en alegre estado
Tú nos trocaste la suerte;
De tí nació disfrazado
El que dió, muriendo, muerte
A la muerte y al pecado.
Benditísima María,
Consuelo de nuestra pena,
Pues que vida y alegría
Al mundo de tí se ordena,

Sola tú, Señora mía,
Vita, dulcedo.
Si Dios en tí no encarnara,
La esperanza se perdiera
De que el hombre se librara;
Que sin Dios-hombre no hubiera
Quien al mundo rescatara.
Así que, en cuanto heciste,
Nuestro bien solicitaste,
A Dios de carne vestiste,
Y con esto aseguraste
Que eres y serás y fuiste

Spes nostra.

Celestial Emperadora,
Tú dejaste rico el suelo
De cuanto bien tiene agora,
Y despues, subiendo al cielo,
Eres nuestra intercesora.
Sentada estás á la diestra
Del Hijo á quien engendraste,
Y pues al hombre se muestra
Desde allí cuánto le amaste,
Esperanza y gloria nuestra,

Salve.

¿A quién hemos de acudir
En todas las ocasiones
Que nos pudieren venir,
Sino á las intercesiones
Que tú nos sabes pedir?
Como del Hijo, sabemos
De tí, que, aunque mas pidamos,

Vírgen, no te cansaremos;
Y así, cuando nos hallamos
Sin el bien que pretendemos,
Ad te clamamus.

El que una vez ha caído,
Mal se podrá levantar,
No siendo favorecido;
Porque sin Dios no hay pensar
Que se cobre Dios perdido.
Necesitados estamos
De tu favor si caemos,
Porque al punto que pecamos,
Sin la gracia, que perdemos,
Tan solamente quedamos

Exules filii Evae.

Nuestra miseria te mueva,
Bendita Vírgen sagrada,
A pedirnos gracia nueva;
Que sin tí los hijos de Eva
Mal podremos pedir nada.
Y viendo que no sucede
Que pidas y no te den,
Cuando nuestra culpa excede,
Para recobrar el bien,
Como á quien todo lo puede,

Ad te suspiramus.

A tí, que sagrario fuiste
De aquella divinidad
Que de tu carne vestiste,
Y con tu gran humildad
La enamoraste y rendiste;
A tí, por quien nos cobramos,
Divino y celestial medio,
Por quien á Dios granjeamos,
Cuando nos falte remedio,
Será muy bien que acudamos,

Gementes et flentes.

Que un corazón humillado

No despreciareis los dos,
Tú y el Hijo tan amado,
Que se humilló, siendo Dios,
De la humilde enamorado.
Tu intercesion pueda tanto
Con el Verbo soberano,
Que del reino del espanto
Nos libre, Vírgen, tu mano,
Pues aquí no hay sino llanto,
In hac lacrymarum valle.

Si tu favor nos socorre
Para lo que nos conviene,
Nadie habrá que nos ahorre,
Porque lo que el mundo tiene
Es moneda que no corre.

Todos estamos de suerte,
Que no sufre dilacion
La cura de mal tan fuerte;
Y pues hay tal ocasion,
Vírgen, de compadecerte,

Eja ergo.

Pide para el daño hecho
Perdon, y á lo por venir
Un tan abrasado pecho,
Y tan dispuesto á servir,
Que á Dios deje satisfecho.

Pide lo que tú supieres
Que nos conviene, Señora,
Y pues que tanto nos quieres,
No te descuides ahora,
Pues ha tanto tiempo que eres

Advocata nostra.

Ante la suma grandeza
Que ha ofendido nuestra culpa
Presenta nuestra bajeza,
Y aquesta flaca disculpa
De nuestra naturaleza.
Muestra al Hijo regalado

El pecho en que le criaste,
Y habiéndosele mostrado,
Dí, pues tanto le amaste:
«Vuelve y mira, Hijo amado,

Illos tuos.

»Pues quieres del pecador
Que á tí se convierta y viva,
Y estos conocen su error,
En su amparo los reciba,
Hijo, tu divino amor.
Y pues con fe verdadera
Humildes vuelven á tí,
Y yo soy su medianera,
Válgales ser esto así,

Que se les muestren siquiera,

Misericordes oculos.»

Todo este favor tenemos
De tu mano, Vírgen santa;
Mas tantas veces caemos,
Que á cada paso traemos
El cuchillo á la garganta.
De suerte que es menester
No dejarnos un momento,
Vírgen, de favorecer;
Y si mudares de intento
Por nuestro desmerecer,

Ad nos converte.

Que en siendo de tí olvidados,
Quedamos todos perdidos,
De piés y manos atados
Con fuertes lazos tejidos
De nuestros propios pecados.
Y pues por nosotros fuiste
Madre del Hijo que tienes,
De quien tanto recibiste,
No nos niegues de tus bienes,
Señora, pues tanto diste.

Et Jesum.

Para que nuestra desgracia
En ventura mude el nombre,
Por tu ruego y su eficacia,
Como nos le diste hombre,
Nos le da agora por gracia.

Echese, Vírgen, el resto
En remediar nuestros males,
Y el dulce Hijo dispuesto
Con tus ruegos virginales,
Hará que saquemos desto

Benedictum fructum.

Quedaremos prevenidos
Con su gracia, y reformados,
Y desta favorecidos,
Seremos de los llamados,
Y despues los escogidos.

Quien por madre te eligió,
Muy bien lo puede hacer,
Pues que vírgen te crió,
Y sin dejarlo de ser,
Con traje nuestro salió

Ventris tui.

Nació para ser modelo
Y regla de nuestra vida;
Abrió el camino del cielo,
Y la esperanza perdida
Resucitó, y el consuelo.

Murió porque no muriese
El hombre, que tanto amó,
Y porque así volviese,
Todo cuanto padeció
Quiso, Vírgen, que sirviese

Nobis.

Dejó su cuerpo en comida
Para que convaleciese
Con aquel manjar de vida
El que la gracia tuviese
Por sus ofensas perdida.

Quedónos para memoria
De su sagrada pasion,
Y para alcanzar victoria
De cualquiera tentacion,
Con que merezcamos gloria

Post hoc exilium.

Las mercedes recibidas
Son tantas del que pariste,
Que fueran pocas mil vidas,
Cuanto mas una tan triste,
Para serle agradecidas.

Y estando tan obligados,
No osaremos pedir mas;
A tí iremos humillados,
Vírgen, y llevarnos has
Al Hijo, y nuestros pecados

Ostende.

Y no es posible que, vista
Nuestra gran necesidad,
A tu peticion resista,
Ni que el autor de maldad
Nos venza en esta conquista;
Que para estas ocasiones
Te guardan los que te aman;
Y así, en sus tribulaciones,
Entre otros nombres, te llaman
Todas las generaciones

O clemens.

Porque, viendo tu clemencia
Acudir á nuestra falta,
Sabemos de cierta sciencia
Que ella suple lo que falta
Nuestra gran insuficiencia.
Eresnos, Madre piadosa,
Aunque no lo merezcamos,
Siempre misericordiosa,
Y por eso te llamamos

O pia.

No hay blason que no te cuadre
Por solo tu merecer;

Tanto, que siendo tu padre
El que te pudo hacer,
Te quiso escoger por madre.

De tí nos vino el consuelo
Y el descanso de la vida,
Por tí se cobró en el suelo
Toda la gracia perdida,
Y tú enriqueces el cielo,

O dulcis Virgo.

Tu santo nombre glorioso,
Que á los demonios asombra,
Es tan dulce y tan sabroso,
Que á cualquiera que le nombra
Le da un valor milagroso.

Y el que por sí ya no es parte
A resistir tentaciones,
Lo será con invocarte;
Y así, en las tribulaciones
Nos valem de llamarte

María.

Con tu nombre, Vírgen pura,
Se ilustra nuestra memoria,
Y es para nuestra ventura
Salvoconducto de gloria,
Que los puertos asegura.

Por él nos hacen mercedes,
Y con poder soberano
Rompen los lazos y redes
Del enemigo inhumano,
Vírgen; y pues tanto puedes,

Ora pro nobis.

Dile al mismo que engendraste,
Que es hombre y Dios verdadero:
«Mira á aquellos que criaste,
Por quien, puesto en un madero,
Tanta sangre derramaste;»

Que con esto es imposible,
Si á vuestro arrepentimiento
Se da todo lo posible,
Que llegue á colmo su intento
El enemigo invisible,

Sancta Dei genitrix.

Haz que de sus confianzas
Sea el fruto confusion,
Y que de sus asechanzas,
En lugar de perdicion,
Nazcan nuestras esperanzas.
Y pide al que le envió
Do no ha de verle jamás,
Virgen, pues de tí nació,
Y cuanto quieras podrás,
De aquel bien que le quitó

Ut digni efficiamur.

Pídele que nos ampare
Y nos confirme en su fe,
Y lo que no le agradare,

Fuerzas de gracia nos dé,
Con que luego se repare.
Y con medios como estos,
Por tu mano granjeados,
Aunque estamos con él puestos
Tan mal por nuestros pecados,
Podremos quedar dispuestos

Promissionibus Christi.

Para que en todo se acierte,
Le pide al que nos dió vida
Que nuestras vidas concierte;
Y tú, Virgen escogida,
Nos ampara en vida y muerte.
No nos falte tu consuelo
En la postrimera hora;
Porque, partiendo del suelo
Libres de culpa, Señora,
Te alabemos en el cielo.

Amen.

Fray Pedro de Padilla.

Salve entre las mujeres la escogida
Para madre de Dios, honesta y bella,
Sola entre las doncellas la parida,
Sola entre las paridas la doncella;
Salve, aurora del sol que nos da vida,
Sol de la tierra, de la mar estrella;
Madre de Dios, que Dios, Virgen, paristes,
Y, siendo siempre virgen, madre fuistes.
Salve, descanso de Jesus cansado;
Salve, comida de Jesus hambriento;
Salve, defensa de Jesus buscado;
Salve, regalo de Jesus contento;
Salve, consuelo de Jesus penado;
Salve, bebida de Jesus sediento;
Salve, vestido de Jesus desnudo,
Pues poder tanto os dió quien tanto pudo.

Francisco de Herrera Maldonado.

Décima vulgar invocando á la Virgen (1)

Bendita sea tu pureza
Y eternamente lo sea,
Pues todo un Dios se recrea
En tan graciosa belleza,
A tí, celestial Princesa (2),

Virgen Sagrada María,
Te ofrezco desde este día
Alma, vida y corazon:
Mírame con compasion,
No me dejes, madre Madre mia.

Otra décima vulgar y muy comun en los devocionarios antiguos

Quisiera, Virgen María,
Madre mia muy amada,
Tener el alma abrasada
En vuestro amor noche y dia.
¡Oh, dulce Virgen María,
Madre de mi corazon!

¿Quién tuviera tanto amor
Que sobrepujara en ardor
A los serafines todos,
Amándoos por cuantos modos
Inventó el mas fino amor?

¡Dios te salve, Virgen pura,
Reina piadosa del mundo,
Madre de vida y dulzura,
Acoge el ruego profundo
De tus hijos sin ventura!
¡Hijos que por tí clamamos
Desterrados hijos de Eva,
Que á tí ¡oh Madre! suspiramos
En este valle de prueba
Donde sin cesar lloramos.

¡Tus hijos siempre y ahora
Triste te elevan el alma!....
¡Óyelos, Madre y Señora,
Con esa piedad que calma
Los gemidos del que llora!
¡Ea, pues, nuestra abogada,
Vuelve á nos de esos tus ojos
La dulce y tierna mirada

Que purifica de abrojos
Nuestra mísera jornada!
¡Y preséntanos, María,
De este destierro en pasando,
A ese Varon de agonía
Que *paz* y *perdon* clamando
Murió por la raza impía!
¡Fruto de tu entraña pura
De la humanidad consuelo!
¡Si tú, Madre de ternura,
La dicha pides del suelo,
Dicha obtendremos segura!
Y pues tiene prometido
A los dignos, Madre mia,
Gozo eterno y bendecido,
¡Oh dulce! ¡oh clemente! ¡oh pia!
¡Haz nuestro gozo cumplido!

Pedro F. Carrascosa, Obispo de Avila.

(1) Esta décima se halla al frente de muchos catecismos y obras de devocion, y al pié de ella se suele poner que se ganan 37,600 dias de indulgencia por rezarla.

(2) Se conjetura que el autor de esta décima debía ser andaluz y pronunciaria *Princesa*, para hacerla consonante de *belleza*, así como *compacion* para hacerla de *corazon*.